

Leonor de Inglaterra Reina de Castilla

MIGUEL ROMERO



Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: *Leonor de Inglaterra*
Autor: © Miguel Romero

© 2014 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Maquetación: Paula García Arizcun

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-644-9
ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-645-6
ISBN edición digital: 978-84-9967-646-3
Fecha de edición: Octubre 2014

Impreso en España
Imprime: Enlace Gráfico
Depósito legal: M-24444-2014

A Cuenca, mi ciudad encantada...
... y a las mujeres conquenses.

A mi esposa, Joaquina

Índice

Prólogo de Almudena de Arteaga.....	15
Justificación.....	19
A modo de prefacio	27
Introducción	31
Francia.....	33
Inglaterra	34
Castilla	35
Capítulo 1. Ellinor de Aquitania, la madre	43
Burdeos, capital de la Occitania	45
El ducado de Aquitania y el reinado de Ellinor en Francia.....	46
San Bernardo de Claraval y la Orden del Císter	48
Reina de Francia. Amor y cruzadas	52
Ellinor de Aquitania, reina de Inglaterra	54
Ellinor ya es madre	56
La dama de Europa y las intrigas de poder	59
Ricardo Corazón de León, su hijo preferido	62
La abadía de Fontevraud, santo y seña de una cultura	65
Capítulo 2. Alfonso VIII, señor de Castilla, el esposo de Leonor	71
Su nacimiento y la muerte de su madre.....	73
Muerte de Sancho III, su padre.....	76
Los Castro y los Lara, sus tutores	77
El ataque a Huetes	79

La mayoría de edad de Alfonso	84
La consolidación del Reino de Castilla	88
Capítulo 3. Leonor de Plantagenet, la dama inglesa.....	93
Las razones de una alianza matrimonial.....	96
El viaje de ida y vuelta.....	101
La Bella Durmiente	103
Tarazona de Aragón	106
Capítulo 4. La boda y la dote	109
Los esponsales reales	112
El contrato real	114
<i>Caput Castellae</i> : Burgos	117
La cancillería Alfonsina	119
Santo Tomás Becket.....	120
<i>Caput Ecclesiae</i> : Toledo	124
Capítulo 5. La meseta castellana y la tierra de Cuenca bajo la media luna	125
Conca, Conka o Konca.....	126
La cora de Santaver o Santaberiya	129
La ceca de Conca y la influencia almorávide.....	132
Los almohades	135
Opta, Wabda o Huete.....	137
Tiempos de pactos y meditación	141
Capítulo 6. Conquista de Cuenca. Alfonso VIII y la Virgen del Sagrario	143
Soria, las Cortes castellanas y Cuenca.....	145
El asedio a la ciudad de las Hoces.....	148
Una Virgen, la del Sagrario	153
La conquista de Cuenca	155
La organización de la ciudad	160
Capítulo 7. La Corte alfonsina en sus primeros tiempos: entre Burgos y Cuenca.....	165
La Corte castellana en Cuenca	167
La organización eclesiástica conquense	172
El obispado de Cuenca.....	178
Alfonso VIII y las órdenes militares.....	185

Capítulo 8. El rey castellano reinicia sus conquistas al islam: Talavera, Plasencia, Alarcón, Iniesta, Cañete... y Alarcos.....	187
Toma de Alarcón	192
Comarca de Cañete y la tierra de Moya.....	196
Treguas castellanas	201
Alarcos.....	203
Capítulo 9. Leonor: del Real Monasterio de Las Huelgas burgalés a la catedral conquense. «Una llamada a Dios»	209
El románico, arte de la repoblación cristiana	212
Doña Leonor, albacea del Císter: Las Huelgas.....	215
El Real Monasterio de Las Huelgas en Burgos.....	222
El hospital del Rey	226
La catedral de Cuenca.....	229
Capítulo 10. Leonor, reina y madre: sufridora, mancillada, soñadora y culta.....	239
Los hijos de Leonor y Alfonso.....	241
San Zoilo y los esponsales de Berenguela.....	244
La desgracia en sus herederos varones.....	247
Alianzas y pactos matrimoniales.....	250
Doña Berenguela, reina de Castilla.....	255
El estudio documental y las dudas históricas	257
La judía de Toledo, ¿leyenda o realidad?	258
Capítulo 11. El proceso repoblador y la organización del territorio. Los fueros y el <i>Forum Conche</i>	267
La repoblación como sistema jurídico	269
La curia real	271
El <i>Forum Conche</i> , un modelo legislativo	273
Repoblación y órdenes militares. Las encomiendas.....	278
Los Estudios Generales de Palencia	281
Capítulo 12. Leonor, la Limosnera, mecenas de trovadores y madre de reinas	285
Ellinor de Aquitania y Ricardo Corazón de León. Juego de tronos	287
El viaje de Ellinor a Castilla	290
Ellinor y su nieta Blanca	293

Muerte de Ricardo Corazón de León	296
Leonor, mecenas de trovadores.....	298
Bertrand de Born, el gran trovador	304
Capítulo 13. Hacia las Navas de Tolosa y el final de sus días.	
De la victoria cristiana a la muerte de Alfonso y Leonor	307
Pueblas y ordenamientos concejiles	308
Pactos y ruptura de treguas	311
Hacia las Navas de Tolosa. El gran triunfo cristiano	313
Después de las Navas, otros tiempos para Castilla	317
La influencia de Leonor de Plantagenet y el regreso triunfal a casa.....	318
Al-Nassir y su fracaso	321
Enfermedad y muerte de Alfonso VIII	322
El entierro real en Las Huelgas.....	325
Muerte de Leonor de Plantagenet	327
Epílogo.....	329
Y acabóse de tal manera que	339
Anexos	341
I. Cronología	343
II. Inicio y final.....	349
III. Primeros pasos de la poesía castellana en la corte de Alfonso VIII	351
Notas bibliográficas	355
Bibliografía consultada	365
Índice onomástico	375

La sabiduría y prudencia de Leonor de Plantagenet están avaladas por las crónicas castellanas y los calificativos que recibió fueron muchos y siempre los mismos:

Nobilissimam moribus et genere, pudicam et ualde prudentem.

Chronica Hispana Saeculi XIII

*Prudentissima, sagaci prouidencia et sollerte rerum pericula
atendebat [...] pudica, nobilis et discrete.*

Historia de rebus Hispaniae sive Historia Gothica
Rodrigo Jiménez de Rada

Muy sesuda e mucho entendida e muy buena e muy loçana [...], e
muy buena dueña, muy mesurada e muy enseñada.

Crónica de los Veinte Reyes

Prólogo

En este año, en que celebramos el octavo centenario de la muerte de Alfonso VIII y Leonor de Plantagenet, es un merecido homenaje el que Miguel Romero rinde a estos reyes medievales, centrándose principalmente en el pilar de la reina, aquel en el que su marido Alfonso VIII se apoyó durante toda su vida.

Leonor de Plantagenet o de Inglaterra, según quien la mente, ha sido víctima del ostracismo más absoluto, viéndose relegada en vida a caminar a la sombra de su marido y en la muerte a pasar de puntillas por las páginas de nuestra historia.

Fue una reina discreta en sus maneras que apenas dejó rastro escrito, induciendo a la precaución a los historiadores rigurosos a la hora de evocarla de una manera más tangible, algo que Miguel ahora afronta. Quizá el haber sido hija de la gran Leonor o Ellinor de Aquitania y Enrique II de Inglaterra y hermana nada menos que de los mundialmente conocidos Ricardo Corazón de León o Juan sin Tierra la perjudicase.

¿Cómo semejante reina pudo pasar tan desapercibida? ¿Fue acaso eclipsada por las gestas de su madre, marido o hermanos? Sea por lo que fuere, es un imperdonable olvido que Miguel Romero enmienda en el libro que ahora tienen entre sus manos. Una obra más que loable si tenemos en cuenta todos los escollos que el autor ha tenido que soslayar.

Queda plasmada, entre estas páginas, la semilla de las hazañas que, en pro de la cristiandad, la cultura y el progreso, esta reina medieval dejó para siempre en muchos lugares de Castilla.

Reflejo justo de ello es su intervención en la toma de Cuenca, en los inicios de la construcción de la catedral sobre la antigua mezquita y en el fuero de esta ciudad; también se encuentra su huella burgalesa en la hermosura del monasterio de Santa María la Real de Las Huelgas, espejo en el que se miraron el resto de las abadías femeninas castellanas, muy probablemente debido a su recuerdo de la abadía de Domfront, donde su madre vivía. En Toledo, evocará esa capilla en la que un día estuvo, hoy desaparecida, en el lugar que hoy ocupa la de Santiago y también el enterramiento de don Álvaro de Luna, donde Leonor mandó edificar un altar dedicado a santo Tomás Becket. Sin olvidar las gestas de la reconquista con la toma de Plasencia o las batallas de Alarcos y Navas de Tolosa.

Descubrirá el lector cómo esta reina fomentó la fusión de la literatura castellana con la trova provenzal, aquella con la que se deleitó durante su infancia en Normandía, sus dotes diplomáticas, sus hábitos, pensamientos y usanzas. Todo esto convierte esta obra en la biografía más fidedigna y mejor documentada de Leonor hasta ahora escrita.

Desentrañados todos los secretos de las proezas de esta reina, Miguel Romero también pasará por los escenarios de su vida más mundana e íntima. Aquella que a todas las mujeres de su condición y época les tocó vivir y que ella también supo engrandecer desde que con tan sólo diez años se casó en Tarazona con Alfonso VIII. La juventud de los contrayentes no fue un impedimento para demostrar la importancia y riqueza de esta alianza. La novia aportaba al matrimonio el ducado de Aquitania y el condado de Gascuña como dote, mientras que el novio le otorgaba a su mujer la cifra nada desdeñable de trece castillos, las rentas de veintitrés villas, puertos, monasterios y ciudades y la mitad de las tierras conquistadas en la cruzada a los musulmanes después de desposados.

Como era menester, cumplió con su deber de tener descendencia y un heredero para la Corona, pariendo diez hijos. Según algunos, fueron más. Berenguela, la mayor de ellos, concentraría el cuidado de sus padres, sin imaginar entonces que en un futuro, además de ser reina consorte de León, llegaría a ser la legítima reina de Castilla por la desafortunada muerte de todos sus hermanos varones. A Sancho, su primer hijo varón, lo perdería con tan sólo tres meses de edad. Después nacieron en muy diferentes lugares de esa corte errante Sancha, Urraca (la futura reina de Portugal), Blanca (reina de Francia), Fernando, nacido en Cuenca y heredero legítimo de Castilla hasta que con veintiún años la muerte se lo arrebató de su regazo, Mafalda, Leonor de Aragón, Constanza (la madre

abadesa de su monasterio de Las Huelgas) y, por último, Enrique, aquel que tan sólo tres años después de heredar la Corona moriría absurdamente al golpearle una teja en la cabeza.

El 31 de octubre de 1214, tan sólo veinticinco días después de haber enviudado, Leonor moriría y sería enterrada junto a su marido en el monasterio que ellos mismos mandaron construir a las afueras de Burgos y de donde su hija Constanza ya era abadesa.

Esta obra es, en definitiva, la crónica más moderna de Leonor de Plantagenet, Aliénor, como la llamaron en Francia e Inglaterra. En ella, Miguel Romero ha desmenuzado con ágil y docta pluma su vida después de mucho tiempo de investigación. Es una historia narrada de un modo muy diferente al de sus predecesoras, ya que deleita al lector con los poéticos pasajes que la ilustran, transformando los arduos documentos medievales en sueños históricos de los que disfrutar. En definitiva, un magno memorándum.

Almudena de Arteaga
Escritora

Justificación

Las personas ven al mundo como desearían que sucedieran las cosas
y no de la manera en que realmente suceden.

El alquimista
Paulo Coelho

Tal vez, el lector se pregunte: ¿por qué un libro sobre Leonor de Plantagenet? O quizá piense que, siendo el momento oportuno, no está nada mal investigar sobre un personaje que la historia apenas descubrió en su propia esencia y que, ahora, ochocientos años después de su muerte, bien está colocarlo en el lugar que dignamente merece. Y este es el objetivo humilde de quien les escribe.

Dice Marc Bloch en su *The historian's craft* que «para las ciencias humanas, la individualidad histórica se construye con la elección de lo que es esencial para nosotros, es decir, en función de nuestros juicios de valor. Así, la realidad histórica cambia de una a otra época con modificaciones en la jerarquía de los valores».

Y es que resulta verdaderamente preocupante como acontecimientos o personajes de alta trascendencia política o social apenas pudieron ser debidamente tratados por quienes tenían la posibilidad de hacerlo. Tal podría ser el caso de esta mujer, inmersa en los aconteceres del momento que le tocó vivir, decisiva para la propia evolución del desarrollo de los grandes hechos históricos de un momento clave para Castilla y, sin embargo, apenas ocupando ese lugar secundario, el mismo que su esposo, el gran monarca castellano Alfonso VIII, les ofreciese a los cronistas de la época.

Las llamadas fuentes históricas sólo registran los hechos que en su momento parecieron suficientemente interesantes para ser registrados, «[...] las fuentes, por regla general, sólo contendrán hechos ajustados

a una teoría preconcebida. Y puesto que no hay otros hechos disponibles, por regla general no será posible contrastar esa o cualquier otra teoría subsiguiente».

Y uno, con la suficiente humildad que podrían exigir mis conocimientos, se acerca a la vida y obra de una mujer, encastrada entre el binomio poderoso del gran teatro del mundo donde la historia formularía sus premisas de gloria eterna y el advenimiento de la intrahistoria, la misma que predispone las prestaciones humanas como germen del desarrollo de la propia esencia personal del individuo. ¿Una mujer?

Sí, una mujer, protagonista de un tiempo en la Castilla henchida de poder entre fronteras, condicionantes nobiliarios, esencias generosas de alianzas e infortunios, aberraciones endogámicas y lucha por la religión que el Dios cristiano en sus leyes urdiese como costumbre tenebrosa del credo:

En las flores está el verdadero sentido del amor. Quien intente poseer una flor verá como su belleza se marchita; ahora bien, quien contemple una flor en el campo, la tendrá para siempre.

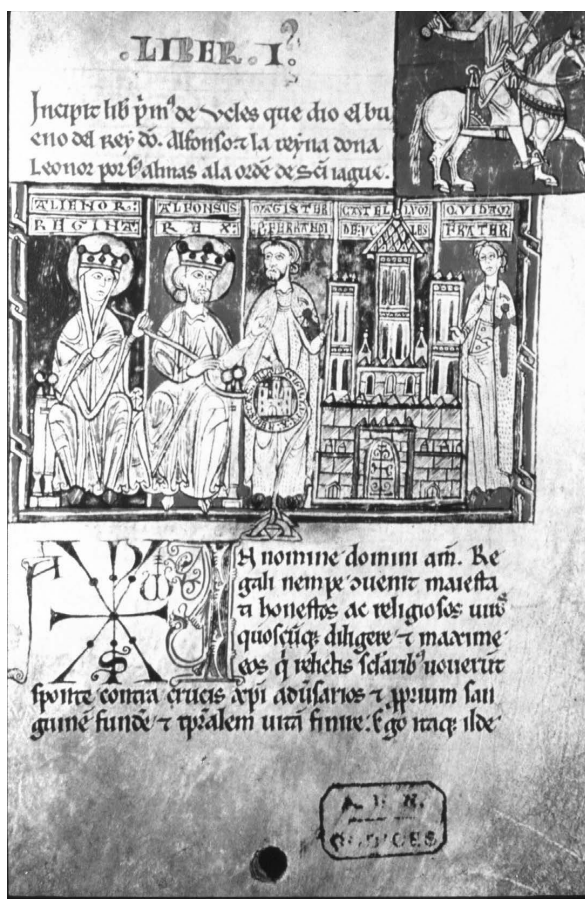
Brida

Paulo Coelho

Sigamos, pues, justificando por qué escribir sobre Leonor de Plantagenet. Leyendo la historia del monarca castellano Alfonso VIII, descrito como muy lozano y apuesto, recto y esforzado en sus maneras, leal, de profunda fe religiosa, costumbres sencillas, generoso, valiente, «de comportamiento modélico en su vida familiar en contra de la leyenda de su supuesta relación amorosa con aquella joven judía toledana» –opinión compartida por algunos, los menos– y triunfador en su lucha contra el infiel, vemos que todos esos valores, hazañas y hechos, no tendrían sentido sin una mujer a su lado tenaz, complaciente, benefactora y, sobre todo, valiente. Vemos, por tanto, que esta mujer, Leonor de Plantagenet, su esposa, fue sin duda, el ejemplo más fiel de una reina consorte. Dedicada por entero a educar a sus hijos en las más fieles esencias de los valores cortesanos, atendiendo con la mayor sutileza que los propios dones femeninos que ricamente atesoraba, y que le infundiesen con acierto en aquellas propuestas de gobierno que el destino tuvo a bien depararle.

Decía –y perdonen la redundancia que *agora* prestaré a este texto– el ensayista Donoso Yáñez que «dicen... dicen, siguiendo los meandros de los años y quizá los siglos la repetición de la palabra dicen, quién sabe quién dice y a quién se lo dice y cuándo lo dice y cómo lo dice, pero, de decirlo, sí lo dicen...» y por eso, de decirlo, también lo digo yo, que Leonor de Plantagenet será la dama castellana perfecta, de rica cultura

anglosajona bebida de las mismas fuentes de Aquitania y Gascuña, la que hará cambiar el rumbo de una política castellana, anclada en el fango rugoso de la Baja Edad Media melancólica y sonámbula, henchida de fracasos reconquistadores y poblada de incultura, ávida de alianzas sin sentido y heredera de las maquiavélicas formas del pensamiento caduco impuesto por las reglas monásticas.



Este documento corresponde al siglo XIII y es el primer código diplomático del Archivo General de la Orden de Santiago en el que se hace clara referencia a Uclés como cabeza de la propia orden. En esta lámina, se observa claramente a los reyes, Alfonso VIII y Leonor de Plantagenet, y el castillo de Uclés, colocando a cada uno de sus lados al Maestre de la orden santiaguista y a un caballero de la misma. En el Tumbo Menor de Castilla se conserva una relación de las propiedades del priorato de Uclés anterior al año 1238. Es un documento magnífico. Fotografía del autor

Alfonso VIII es el monarca castellano de más largo reinado: cincuenta y seis años, desde 1158 a 1214, a pesar de que el período de su reinado efectivo fuese algo menor, pues alcanzaría como tal los cuarenta y cinco años, al ser gobernado durante su minoría de edad por regentes.

Ocupó el largo período medieval de los llamados cinco reinos de la península ibérica (Portugal, Castilla, León, Navarra y Aragón), inmerso en una inestabilidad política como consecuencia de las luchas nobiliarias por controlar el poder y el proceso reconquistador para recuperar el territorio bajo el dominio musulmán, consolidando de esa manera fronteras y territorios.

Como consecuencia de ello, este hostil ambiente marcaría todo su tiempo, dedicará gran parte a consolidar el Reino de Castilla, heredado de su padre Sancho III y que, un año antes, su abuelo Alfonso VII había dividido –aquel gran imperio castellano-leonés– en los nuevos reinos de Castilla y León.

Será, por tanto, este mismo largo período el vivido por Leonor, a la que muchos llamarán de Inglaterra y otros, de Aquitania, de Gascuña, de Toledo, de Burgos, de Cuenca..., la que, por fortuna para Castilla, casó con Alfonso VIII. Y es, para mi propia ambición personal, la autora de mi historia, aprovechando de todo cuanto conlleva el proceso social revivido por considerar que su propio discurrir en una semblanza abierta y culta hizo grande a Castilla y abrió los horizontes humanistas hacia un mundo que aún tardaría en llegar, pero que su propia visión ilustrada –bien heredada de su madre, la augusta Leonor de Aquitania, reina de reyes– le hizo sentir la realidad como tal.

«Quien tiene la voluntad tiene la fuerza», estas palabras de Menandro bien aducidas por mi buen amigo Augusto Bruyel, han servido para justificar el porqué de mi proyecto, como una idea continuista de mis anteriores trabajos, donde he buscado hacer historia a modo de ensayo novelado, exponiéndome al juicio del investigador riguroso y científico, o al mismo lector inseguro y oportunista que, a veces, daña con el sentido de discutir lo indiscutible.

Ser historiador me hace ser exigente con las normas de la historiografía, a veces dubitativa entre la subjetividad cuando las edades están en decadencia, u objetiva cuando las cosas están maduras. Porque nadie tiene la obligación de creer en el futuro de la historia ni en el futuro de la sociedad. Puede que nuestra sociedad sea destruida o se extinga al final de una lenta decadencia, y que la historia vuelva a caer en la teología –es decir, en el estudio, no de los logros humanos, sino del designio divino–, o en la literatura –es decir, en la narración de cuentos y leyendas sin propósito ni significado–. Pero esto no será historia en el sentido en que yo la interpreto.

Ser narrador por definición y vocación de vida, aplicando los conceptos decimonónicos de la lírica descriptiva a mi proceso verbal docente, me hace mantener el deseo de novelar los acontecimientos y, con ello, hacer contenido causal y casual.

De una u otra manera, lo que he pretendido y pretendo es relatar la historia, tal como los documentos me facilitan y me exigen, sin sacar más conclusiones que las generadas por el conocimiento y su apoyo bibliográfico, huyendo de eso que a veces nos distorsiona el sentimiento patrio o el desconocimiento opaco del devenir histórico: la divagación.

Y digo esto porque me viene a la cabeza un curioso anecdotario al que suelen dar vida dudosos investigadores que se apoyan en esa protohistoria que, sin el rigor de la ciencia ni el apoyo documental exigido, adulan con hipótesis poco loables, para aderezar el contenido de la duda. Cualquier historiador que se precie debe huir de ese ideario.

Aquí habrá investigación documental, opiniones rigurosas de historiadores reconocidos, interpretaciones causales y una buena dosis de historia contada con esa narrativa fácil en aderezos líricos para que hagan de este trabajo un proceso didáctico, entretenido y creíble.

Abramos, pues, con una anécdota que sigue la línea del teólogo de la historia, buscador de encantos y que, a veces, nos lleva a contribuir en esa historia contada sin el vértice adecuado de la investigación acertada. Pero esto –en su forma de expresión– también forma parte de la infinita curiosidad del lector, como necesidad de contenido y de consumismo imaginativo, aunque esté dentro del llamado «ideario indolente».

¿Por qué al pendón de Castilla se le atribuye el color morado?

Cierto es que, desde los años de la visión universal y patriótica que tuvo la historia en el siglo XIX, al pendón castellano se le ha asignado el color morado por «santo y seña», cuando como tal no existe ni ha existido nunca. El pendón de Castilla es rojo carmín, así lo fue y de esa manera hay que conceptuarlo.

Y ahí quería llegar, a cómo y por qué, a veces, la historia se deja llevar de una referencia subjetiva para hacerla universal. Ya lo dijo Lope de Vega en *La Jerusalén conquistada*:

Aquel Fernando venturoso espera
que corone el alcázar de Sevilla
de las rojas banderas de Castilla.

Libro XV, 22-24

Y como nota aclaratoria a bien digo, simple y llanamente como curiosidad, que tal confusión se produce por la primera referencia escrita sobre el tema, encontrada en las *Memorias para la historia de las tropas de la casa real de España*, Madrid, 1828, por Serafín María de Sotto, el cual aduce que el regimiento número uno o «Inmemorial del rey» tuvo por «primera bandera el pendón morado de Castilla, que debía rendir a la compañía coronela». Ese regimiento fue fundado en 1634 con pendón morado, pero en ningún caso se correspondía con los colores de Castilla, sino con los de su primer coronel, el conde-duque de Olivares, hecho por el que se le llamaría Tercio de los Morados. A partir de ahí, serán los Borbones españoles los que consagren con valor oficial para la casa real ese color morado en lugar de púrpura y le den por referido el color que siempre tuviera Castilla, aun cuando no fuera así.

Esta es la historia que deberíamos evitar, y esta es mi intención cuando, en cada proyecto que abordo sobre el tema de nuestro pasado, procuro ahondar con valentía pero con la mayor pericia posible, para llegar a exponer lo que los documentos desarrollan —con base justificativa y científica— sin hacer causa común y simplemente para reflejar, con el mayor criterio académico posible, sus afirmaciones y conclusiones.

Todos los trabajos que he podido leer o buscar hacen referencia a Alfonso VIII, sus hazañas y su vida política. Apenas aparecen unas simples notas sin más intencionalidad que referenciar el peso que su esposa Leonor de Plantagenet tuvo como consorte.

Buscando en los anales del tiempo, hallamos el *Chronicon mundi*, de León Lucas de Tuy; la *Historia de rebus Hispaniae sive Historia Gótica*, de Rodrigo Jiménez de Rada; la *Crónica latina regum Castellae*, atribuida a Juan de Osma; los Anales Toledanos I y II, editados por Julio Porres; más luego las grandes obras actuales: *El Reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*, de Julio González; la *Historia para la leyenda: el caso de Alfonso VIII de Castilla* (*L'Histoire par la légende: le cas d'Alphonse VIII de Castille*), de la francesa Stephanie Jean-Mari; *Alfonso VIII, rey de Castilla y Toledo*, de Gonzalo Martínez Díez; las colecciones diplomáticas, recopiladas y transcritas por Julio González González; y, por último, algunas de las biografías sobre este rey, como es el caso de Gaspar Ibáñez de Segovia, Alonso Núñez de Castro, Carlos Vara Thorbeck, Francisco García Fitz, Jesús de las Heras y Augusto Bruyel. Todas son obras excelentes —en su justa medida comparativa— sobre la vida y obra de Alfonso VIII, rey de Castilla.

En todas aparece Leonor como su esposa; lo acompaña en su vida, comparte los sinsabores del tiempo, pero apenas se trazan unas pinceladas, sin entrar lo más profundo posible en su vida, en sus decisiones, en

su influencia cultural, política y social dentro del Reino de Castilla. Ahí es donde yo, modestamente, he querido llegar. Darle protagonismo y hacer de este pequeño trabajo un homenaje a una mujer culta, severa en el tiempo y generosa, tanto en su infortunio como en su grandeza. Por lo menos, lo he intentado. Espero haber conseguido darle más protagonismo del que ha tenido hasta ahora en los libros editados.

Que, por tanto, su amado esposo, Alfonso VIII, me perdone el segundo escalón en el que he querido, intencionadamente, colocarlo. Como dice Paulo Coelho: «Sólo entendemos la vida y el universo cuando aprendemos a amar».

En este ensayo histórico quedarán diferenciados los dos personajes femeninos principales: la reina de Inglaterra, Leonor de Aquitania, aparecerá como Ellinor –su nombre inglés–, mientras que nuestra protagonista principal, Leonor de Plantagenet o de Castilla, aparecerá como Leonor, su nombre castellano.

A modo de prefacio

Leonor de Plantagenet, hija de reyes, ha sido poco tratada en los textos históricos por los cronistas del Medievo, sus coetáneos, y por los investigadores de la modernidad. Tal vez fuera ocultada por la gran sombra que desplegó la vida culta y longeva de su madre, Ellinor de Aquitania, la gran reina de Europa. Una y otra vivieron la Europa del siglo XII, la misma que sintió el esplendor del arte románico y que abría las puertas al gótico en ese deseo de alcanzar a Dios. Durante ese tiempo, se desarrollará la caballería a la vez que se emanciparán las ciudades burguesas y, ¿cómo no?, algo que llevará implícito en el propio germen de las leonores; el desarrollo y cultivo de la lírica cortesana, gracias a la aparición de los trovadores en el sur y, en el norte, abriendo la página a lo que, desde ese siglo, será la literatura novelesca.

Leonor fue hija y hermana de reyes. Sus padres eran Enrique II Plantagenet, rey de Inglaterra, y Ellinor de Aquitania, reina consorte –como ya lo había sido antes del rey Luis VII de Francia, entre los años 1137 y 1152–. Sus hermanos eran Ricardo Corazón de León y Juan sin Tierra, reyes de la gran Inglaterra bajomedieval.

Se trata de una princesa inglesa que, por avatares del destino, también llegaría a ser reina, en este caso de Castilla. Fue una mujer que, sin duda, tuvo la suerte de desempeñar un papel importante y decisivo, tanto en la política castellana, al llegar a reina consorte, como en la política europea del momento: en primer lugar, al lado de su esposo, el rey de Castilla

Alfonso VIII y luego, como hija de una de las mujeres a la que la historia había concedido el privilegio de «ama y señora» del prehumanismo europeo, precursora y deudora de las letras y humanidades, cuya herencia asumiría con la grandeza propia de su tiempo y la humildad de su vida.

Tal vez, la estela larguísima dejada por su progenitora, Ellinor o Leonor de Aquitania, apenas dejase espacio en la historia para su protagonismo real, pues ser hija de quien fuese dos veces reina, madre de reyes, retadora del imperio, amenazadora del papado y locuaz gobernadora en tiempos de guerra constante pudo dejar marcado su camino en la reflexión consuetudinaria de su semblanza.

Pero, sin duda, además de su culto «enfermizo» por el arte y las humanidades, hubo otra cosa común en ambas mujeres, madre e hija, que las unió en el credo femenino como reinas: el gusto por la lírica trovadoresca. Era lógico. Según la tradición, el fundador de esta modalidad literaria fue Guillermo IX, conde de Poitiers y duque de Aquitania, a quien la historia llamaría Guillermo el Trovador. Casado con Felipa de Tolosa, fue el abuelo paterno de Ellinor de Aquitania y, por tanto, bisabuelo de Leonor de Plantagenet.

Los trovadores a los que Leonor apadrinó a lo largo de su reinado provenían también de la más diversa extracción: mercaderes o artesanos, por ejemplo. En cualquier caso, convertirse en trovador no era fácil para nadie, porque la nobleza de sangre, por sí sola, no bastaba. De hecho, era preciso tener nobleza de corazón o, para ser más exactos, demostrar habilidad cantando al amor puro.

Curiosamente, Guillermo IX, el primer trovador de quien se ha conservado su obra, fue considerado como «enemigo de todo pudor y de toda santidad». De hecho —bien dicen las crónicas del tiempo— fue un mujeriego impenitente y un valeroso guerrero que cabalgaba con el retrato de su amante pintado en el escudo, «para tenerla a mi lado en la batalla, igual que ella me tiene a su lado en el lecho».

Ya a los quince años «Guillermo heredó el ducado de Aquitania en 1086 y lo gobernó hasta su muerte en 1126 entre amores, combates y cruzadas. Su personalidad exuberante se refleja bien en el poemario conservado, una decena de obras que revelan habilidad técnica y variedad de acentos. Guillermo compuso poesías sensuales, quizá incluso directamente obscenas. “Debo montar a dos caballos de raza”, declara en una canción para sus amigos, revelando tan sólo al final lo que ellos intuían, que los dos caballos eran en realidad dos muchachas¹.

La poesía de los trovadores también versó sobre temas políticos y satíricos. Igual que los trovadores, hubo mujeres dedicadas a la lírica poética. En ellas, no sólo se mostraba la pericia técnica, sino también un refinado

conocimiento de la cultura de su época. Las jóvenes nobles recibían una cuidada educación literaria que, en el marco del siglo XII, les permitía componer poesía, así como proteger a los mejores intelectuales europeos de su tiempo, como hizo Ellinor de Aquitania. Esta mujer, reina de Francia y de Inglaterra, aprendió en un ambiente cortesano la cultura de su tiempo, gracias al esfuerzo de sus padres Guillermo X y Leonor de Châtellerauld. Luego, ella haría lo mismo con sus hijos, primero con las dos hijas del matrimonio con Luis VII, rey de Francia, María y Alix; y luego, sobre todo, con los hijos concebidos con el rey de Inglaterra, Enrique II de Plantagenet, a los que educó en la paciencia del respeto, enseñándoles todos los saberes del momento. En su hogar era normal tocar la vihuela, desdoblado la melodía o introduciendo un interludio sencillo entre estrofas, evitando pavonearse con virtuosismos o crear armonías complejas. Eran, sin duda, estructuras sencillas, algunas medio improvisadas, que alternaban con la poesía oral. Es muy normal descubrir una poderosa influencia eclesiástica al analizar tales estructuras, muy comunes en la Aquitania en la que vivieron Ellinor y su familia, una región empapada de poesía latina y del gran repertorio gregoriano de la abadía de San Marcial de Limoges.

Leonor de Plantagenet, junto con sus hermanos Guillermo, Enrique, Matilde, Godofredo, Juana, Juan sin Tierra y, sobre todo, su querido hermano al que tan unido estuvo, Ricardo Corazón de León, aprendió y compartió las canciones más antiguas –en *modo protus*– que les pudo transmitir su bisabuelo Guillermo IX, además de las canciones de Marcabruno y el Códice Chigi, enmarcado dentro del misterio de santa Inés, un código basado en el curioso misterio de esta santa dentro de la mística del Juicio Final, en ese pasaje de santa Úrsula por santa Inés, largo tiempo envuelto en el proceso teológico de los siglos X y XI. Este hecho dio lugar a canciones trovadorescas de alto contenido místico. De nuevo recogemos una cita de Paulo Coelho que en *Veronika decide morir* dice: «Ciertas personas, en el afán de querer construir un mundo donde ninguna amenaza externa pueda penetrar, aumentan exageradamente sus defensas contra el exterior y dejan su interior desguarnecido».

Introducción

La Europa del siglo XII

Durante este período medieval, los países que componían la Europa occidental y que, por entonces, definían el poder mundial estaban inmersos en consolidar sus monarquías, estableciendo en todas ellas el principio de *hereditariedad* como fundamento de continuidad. Desde diversos puntos de vista y con procedimientos variados, asumirían los principios de organización política feudal y de raíz religiosa, utilizándolos para la construcción de su propio poder y ejerciendo este sobre ámbitos territoriales limitados pero suficientes para sostener fuerzas reales y así llegar al siglo XIII dentro de un marco renacentista definido por el pensamiento jurídico-político romanista que marcaría el acontecer de toda Europa.

Se había pasado del feudalismo del siglo X –ese «año mil» como lo llaman en muchos tratados–, en el que cada monarca había pretendido ser emperador de sus territorios, al siglo XIII, momento que muchos historiadores llaman «el de la plenitud medieval». Nacen las universidades, triunfa el gótico como arte medieval por excelencia, se da por finalizado el proceso de las monarquías feudales y aparecen esas nuevas ideas gracias a las cuales las ciudades podrán finalmente participar en la vida pública por medio de las Cortes y los parlamentos.

Sin duda, será un cambio fundamental que afectará a la supervisión en Europa de esa afirmación de las monarquías nacionales frente a los poderes universales imperantes hasta entonces –imperio y papado–, proceso que veremos claramente en la evolución de los tres países en los que se desarrolla nuestra historia: Francia, Inglaterra y España.

Cierto es que será el siglo XII, es decir, casi cien años antes, cuando la vida de Ellinor de Aquitania tenga su pleno desarrollo y así sucederá también con su hija Leonor de Inglaterra, esposa de Alfonso VIII; y será, por tanto, ese siglo el momento trascendente para las monarquías de los Capetos en Francia, de Plantagenet en Inglaterra y de Alfonso VIII en Castilla.

La duquesa de Aquitania fue, sin duda, una adelantada a su época. Su capacidad y su visión de futuro la harían acreedora de las más aconsejadas virtudes en el plano cultural y social, llegando a ser una humanista en el campo intelectual y artístico, herencia que trasladaría a sus hijos, entre los que se encuentra la que luego sería la reina de Castilla.

Los cambios en el conjunto de la sociedad medieval se manifestarán plenamente en el campo cultural. La difusión de las ideas empezó a ser rápida en el momento en que las universidades van ocupando su espacio. Además, la adopción de las lenguas vernáculas que van sustituyendo el latín es fundamental en todos los campos del saber, pero sobre todo en la literatura.

Aunque la monarquía francesa, la británica y la castellana tuvieron algunos rasgos comunes en su evolución política, las profundas diferencias predeterminarán acontecimientos dispares, pues en muchos casos se asumen los principios de organización política feudal y de raíz religiosa, utilizándolos para la construcción de su propio poder y de su intento hegemónico en el continente europeo. Sin embargo, España presenta un puzzle diferente. Aparece como un país compartimentado en varios y cambiantes reinos cristianos, con una tarea principal y común que obligará a constantes luchas y avances de frontera contra el islam peninsular.

En este contexto europeo, el protagonismo de Ellinor de Aquitania va a ser esencial y decisivo en la propia evolución política de los tres grandes países occidentales. Su personalidad y circunstancias de vida determinarán la esencia monárquica de alianzas y enfrentamientos, colocando su figura como eje conductor de convencionalismos medievales ante el cambio que exigía Europa.

La niña de Aquitania, de ojos azules, fue reina de Francia con los Capeto, luego casó con un Plantagenet, reinando en Inglaterra y, después, dejó como heredera a su propia hija, del mismo nombre, para ser reina de Castilla, el reino más poderoso de la España del momento. Los tres grandes países y los tres grandes reinos del Medievo. Es un acontecer curioso que la historia ofreció a la Europa occidental, por entonces, el dominador del mundo conocido².

FRANCIA

En este país, la dinastía de los Capeto generará el incremento efectivo del poder regio. Este se iniciará en tiempos de Felipe I, en el último cuarto del siglo XI, y se consolidará con Luis VIII y Luis IX en el siglo XIII. Pero aquí, nuestra protagonista estará en medio de ellos. Luis VII (1137-1180), príncipe piadoso, débil, pusilánime y falto de carácter, supo rodearse de buenos consejeros, como fue el abad Súger de Saint Denis. Fomentó la autonomía de las ciudades, base para el desarrollo de la naciente burguesía, y desarrolló la agricultura, el comercio y la industria. En su política internacional, supo acertar al contraer matrimonio con la duquesa de Aquitania, el ducado más importante de toda Francia. Ellinor compartió matrimonio con él durante quince años y del mismo nacieron dos hijas, María y Alix. Tras la anulación del matrimonio, en 1152, Leonor recobró su dote y estaría dispuesta a volver a casarse.

Con este rey se iniciará la gran rivalidad con Inglaterra que se prolongará hasta finales de la Edad Media. Esta rivalidad tuvo como principal protagonista a esta mujer como explicaré posteriormente.

SUCESIÓN REAL EN FRANCIA

Luis VI el Gordo, rey de Francia (1108-1137), de la familia de los Capeto

∞ Casado con Luciana de Rochefort, se anulará su matrimonio

∞ Casado con Adelaida (Adela) de Saboya

└ Luis VII el Joven (1137-1180), segundo de ocho hijos con Adelaida

∞ Casado con Ellinor (Leonor) de Aquitania (1122-1204) a la que repudió por no darle heredero varón y sí dos hijas

∞ Casado con Constanza de Castilla

∞ Casado con Adela de Champaña

└ María y Alix de Francia, hijas de Leonor de Aquitania

INGLATERRA

En este país, primará la dinastía de los Anjou-Plantagenet, en la figura de Enrique II, hijo de Godofredo Plantagenet, conde de Anjou, que tomó el apellido Plantagenet por llevar siempre en su sombrero una rama de retama o genista, y de Matilde, hija de Enrique I Beauclerc, apellido este último que significa ‘buen clérigo’ y que anduvo durante gran parte de su vida dedicado a la vida eclesiástica. Convertido en rey tras la muerte de sus hermanos y la ausencia de otro, por entonces en las Cruzadas, siempre dio prueba de esmerada educación, algo que transmitiría a sus herederos.

Enrique II fue uno de los mayores monarcas de Inglaterra y el detentador de un vasto imperio, ya que en él se unían tres herencias: la normanda, la angevina y la aquitana. Por su madre Matilde, hereda Inglaterra; por su padre, Godofredo, el ducado de Normandía y el condado de Anjou; y, por su esposa Ellinor, el ducado de Aquitania.

Este monarca llevó a cabo la consolidación del territorio, eliminando la anarquía de los años anteriores, y una gran reforma judicial al imponer el sistema de juicio con jurado, aboliendo la famosa ordalía o juicio de Dios y elaborando unas leyes basadas en el Derecho Romano.

Su boda con Ellinor de Aquitania, que había sido repudiada en 1152 por el rey de Francia, Luis VII, engrandeció más su poder y alimentó su enfrentamiento a muerte con el que había sido el anterior marido de su esposa.

Enrique II se convirtió, así, en el vasallo más temible y poderoso de Luis VII y estableció el imperio Plantagenet, con sus reinos y sus feudos, que fue imposible de absorber en el esquema de jerarquías que los Capeto pretendían formar en torno a él.

Con Enrique de Plantagenet, Ellinor de Aquitania tendría ocho hijos: primero, Guillermo, que moriría antes de cumplir los tres años, en junio de 1156; luego, nacería Matilde a los pocos meses; después, en 1157, nació en Oxford el tercer vástago, Ricardo; y un año después, el 23 de septiembre de 1158, Godofredo. Luego vinieron dos hijas: una, nacida en 1161, a quien la madre le puso su mismo nombre, Leonor; y la segunda, Juana, nacida en 1165 en Angers. Finalmente, el octavo, de nombre Juan, nació en Oxford el 27 de diciembre de 1166.

Los últimos años del reinado de Enrique II estuvieron presididos por el enfrentamiento con sus hijos –especialmente con Ricardo– a los que alentaba el propio rey de Francia, enemigo acérrimo del inglés, que veía en él el mayor obstáculo para su expansionismo y su unidad como reino.

SUCESIÓN REAL EN INGLATERRA

Guillermo I el Conquistador, rey de Inglaterra (1066-1087)

∞ Casado con Matilde de Flandes, hija de Balduino V, conde de Flandes

└ Enrique I Beauclerc (tercer hijo de cuatro; 1100-1135)

∞ Casado con Edith de Escocia

└ Godofredo V el Hermoso, conde de Anjou y Plantagenet

∞ Reinó desde 1141-1151 e inició la dinastía Plantagenet

∞ Casado con Matilde de Beauclerc (segunda hija de tres)

└ Enrique II Plantagenet (1154-1189), rey de Inglaterra por los derechos de su madre al trono

∞ Casado con Ellinor (Leonor) de Aquitania

CASTILLA

Aquí, la situación era diferente, pues no en vano el enfrentamiento no venía determinado por ampliar sus fronteras en Europa o mantener las alianzas para ser árbitro del dominio occidental, sino por reconquistar los dominios frente a la civilización islámica.

La frontera entre los reinos cristianos y los musulmanes pesó con sus realidades durante siglos de historia hispánica. Obligó a crear una sociedad más guerrera aún que otras de Occidente y matizó tanto las diversas realidades de la feudalidad hispánica como el mayor grado de poder de la realeza, entendida como jefatura militar. La frontera promovió una mayor movilidad social, de modo que el acceso a los rangos de la aristocracia y las posibilidades de fortuna conseguida en la guerra fueron mayores, pero, sobre todo, el avance cristiano proporcionó territorios que habían de ser ocupados y organizados por una sociedad colonizadora en expansión. Hubo una sucesión de fronteras, conquistas y situaciones bélicas que establecería graduaciones internas en las realidades sociales hispánicas, según el territorio y la época en que nos situemos, diversificadas además en varios reinos.

La descomposición del califato de Córdoba proporcionará a los Estados cristianos del norte de la Península una etapa de tranquilidad que será aprovechada para invertir en la relación de fuerzas y conseguir grandes avances en la consolidación de los espacios ocupados y en la conquista de otros nuevos. El sistema de taifas en el que se había fragmentado el califato de Córdoba hizo que los reyes cristianos controlasen la situación e interviniesen activamente en la política interna musulmana.

En el siglo XI, Alfonso VI fue el principal beneficiado de esta situación, ya que vio coronada su actividad con la conquista de Toledo (1085), símbolo de la unidad de la vieja monarquía visigoda. Alfonso VI, por tanto, fijó la línea del Tajo como meta de una primera fase reconquistadora y repobladora para lo que será el Reino de Castilla. Dejó, así, la zona del Ebro como límite para el Reino de Aragón y la llamada Cataluña Nueva para el condado de Barcelona. Los almorávides derrotarán a Alfonso VI en la batalla de Uclés, donde morirá su hijo Sancho, el heredero a la Corona.

Este rey no consiguió mantener la unión de Castilla y Aragón –que había conseguido momentáneamente al casar a su hija Urraca con el rey aragonés Alfonso I el Batallador– para hacer frente a los musulmanes. Cuando murió, en 1109, las grandes líneas de su política estaban rotas.

Su sucesor Alfonso Raimúndez, que gobernaría como Alfonso VII de Castilla y León desde 1126, siguió en su lucha contra los almorávides y los derrotó en varios frentes. Se coronó emperador en 1135, sin que con ello pudiera apaciguar el aumento de los poderes nobiliarios y municipales, ni en Castilla ni en León. El debilitamiento de los almorávides hizo que aumentaran el poder y la extensión territorial en su última etapa real, pero el proceso volvió a debilitarse al separar Castilla de León dándolos a distintos herederos. Castilla sería regida por su nieto Alfonso VIII desde 1159, mientras que León pasaría a manos de Fernando II.

Es la llamada «época de los Cinco Reinos», momento en el que aparecerá Ellinor de Aquitania. En este momento político, se distinguen algunos aspectos generales como el equilibrio militar con los almohades –en torno a los cursos altos del Turia, Júcar y Guadiana, en el Tajo extremeño y en el Almentejo portugués–, en buena medida gracias a la aparición de nuevas fuerzas formadas por las milicias concejiles o municipales y, sobre todo, por los contingentes de las cofradías y órdenes militares (Calatrava, Alcántara y Santiago), que proporcionaron ayuda para recuperar los territorios a los musulmanes. Será, por tanto, un fuerte proceso colonizador interior y de repoblación, en el que se crearán mejores marcos organizativos. Además, la madurez de las instituciones comunales y el crecimiento del poder regio generarán ese gran orden, ya en el tránsito hacia el siglo XIII.

Un hecho notable lo proporcionará también la presencia en Castilla de la reina Leonor de Plantagenet quien beneficiará la mejoría y el aumento de los reinos españoles circundantes a su propio reino y el entorno europeo. Lo hace en función de su ascendencia inglesa y de sus contactos directos con la Gascuña francesa. De esta manera y, gracias a sus buenas relaciones, se organizará el espacio costero cantábrico, con vistas al comercio y la relación con la Inglaterra de Enrique II.

En consecuencia, Inglaterra se aliará con Castilla y mantendrá su equilibrio con Francia, siendo estos dos grandes países los que impondrán la hegemonía europea, mientras que en la península, los cinco reinos mantienen su estatus de independencia y de coaliciones. La llegada de Leonor a Castilla y su apoyo humanista ayudarán a crecer el poder de dicho reino y empezar a establecer los acuerdos y pactos de unión con el resto de los reinos peninsulares.

SUCESIÓN REAL EN CASTILLA

Fernando I, primer rey de Castilla (1035-1065), después de heredarlo como condado de Castilla

∞ Casado con Sancha de León

└ Alfonso VI (1040-1109), segundo hijo. Rey de León y Castilla (1065-1109)

∞ Casado con Inés de Aquitania, que muere a los cinco años de matrimonio

∞ Casado con Constanza de Borgoña en 1079

∞ Casado con Berta de Toscana en 1093

∞ Mantuvo relación extramatrimonial con Zaida

∞ Casado con Beatriz del Este en 1108

∞ Mantuvo relación extramatrimonial con Jimena Muñoz y tuvo dos hijas, una de ellas fue la condesa de Portugal

└ Urraca I, reina de Castilla, hija de Constanza de Borgoña y hermana de Alfonso VI, heredera al morir su otro hermano Sancho (1109-1126) que se había enfrentado a su antecesor

∞ Casada con Ramón (Raimundo) de Borgoña

|

- └ Alfonso VII el Emperador, rey de León y de Castilla (1105-1157)
 - ∞ Casado con Berenguela de Barcelona en 1128, hija de Ramón Berenguer IV, y tuvo dos hijos
 - ∞ Casado con Riquilda de Polonia, en 1154
 - ∞ Al morir, divide el reino entre sus dos hijos, dándole León a Fernando y Castilla a Sancho
 - └ Sancho III, rey de Castilla, primero de los dos hijos con Berenguela; reinó un año, desde 1157 a 1158
 - ∞ Casado con Blanca Garcés, llamada de Navarra
 - └ Alfonso VIII, rey de Castilla (1158-1214)
 - ∞ Casado con Leonor de Plantagenet

